

LA MADRE DE FAMILIA.

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

REVISTA

MORAL Y RELIGIOSA,

CON LA
aprobacion eclesiástica,
y bajo la direccion

E. Lozano de Vilchez

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, seccion doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instruccion religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los dias 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho paginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES.

EL MÁS BARATO
que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses adelantados para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisicion de letras del Giro mútuo, ó tarjetas de las establecidas para pagos de periódicos, y que se expenden de hoy en adelante en los mismos puntos que los sellos de franqueo, prefiriendo siempre las del Giro mútuo, en el punto donde las haya.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

23 de Agosto de 1878. DIRECTORA, D.^a ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Número 15.

SUMARIO.

La ciencia más cierta.—Calvario y redencion, cartas de de tres hermanos.—La flor del cielo.—Seccion doctrinal. La senda del cielo.

LA CIENCIA MÁS CIERTA.

POR M. MATILDE BOURDON.

VI.

TENTACION.

En la senda de la justicia
está la vida: mas el camino ex-
traviado conduce á la muerte.
(Prov. XII.)

Una noche en que Manuel era el único que no se había acostado aun, oyó que llamaban á la

puerta de entrada, y tomando la linterna, fué á abrir. Con gran sorpresa suya, el que se presentaba á una hora tan intempestiva era su hermano Estéban, con el cual tenia pocas relaciones. Sin manifestar extrañeza por su inesperada llegada, antes bien dándole grandes muestras de amistad y cariño, Manuel introdujo á Estéban en la sala y le ofreció una silla. La luz de la lámpara suspendida de la chimenea daba de lleno en el rostro del hermano mayor y dejaba ver á Manuel los crueles estragos que habian causado los cuidados, la sed de oro y la vida egoista y de aislamiento que llevaba Estéban, pues no se habia casado, y vivia, por consiguiente, sin familia y sin lazos, corriendo desalado en pos de las riquezas que no pueden tener mas valor que el que sabe darlas un buen corazon. Manuel, por el contrario, tenia la gravedad del hombre ma-

duro, sin haber perdido el candor y la alegría de la juventud: habia sufrido y trabajado, como otro cualquiera; pero las penas no habian endurecido su corazon, ni le habian hecho frio é insensible las preocupaciones materiales y el trabajo; porque siempre habia amado, siempre habia ido á templarse y rejuvenecerse en las fuentes de la vida, abriendo con placer su alma á la influencia de las mas santas, puras y legítimas afecciones.

—Hermano, dijo Estéban despues de un largo silencio, ¿sabes que tengo una disputa con los Vidals?

—¿Tus vecinos?

—Sí.

—Lo ignoraba absolutamente. ¿Es por alguna niñería?

—¡Eh! niñería... ellos se creen en su derecho; yo sostengo el mio, cada cual para sí... No debo ni quiero dejarme trasquilar á ciencia y paciencia...

—Sin duda, respondió Manuel, á quien tenian muy confuso esa introduccion y las vagas palabras de su hermano que parecian ocultar la verdad; sin duda, pero siempre es sensible tener cuestiones con vecinos... ¿No seria mejor que compusiéseis amigablemente vuestras diferencias,

—¡Imposible! ni siquiera pienso en ello, y venia por el contrario á pedirte un favor.

—Habla; si está en mi mano, dalo por hecho.

—¡Pues bien! sabrás que la causa del litigio son los límites del Prado grande... y como he citado á los Vidals ante el tribunal, este ha señalado el arbitraje para pasado mañana... Tú serás llamado como testigo, y dirás...

—¡Oh! esto no es difícil por cierto; conozco bien el Prado grande, le estoy viendo como si lo tuviera delante de los ojos... tú llegas hasta el viejo olmo... Á partir de él, tira una línea de Norte á Sur hasta el espino blanco, y estarás en tu casa... Si los Vidals pretenden lo contrario, están equivocados.»

Á Estéban se le habian subido los colores á la cara.

—Tú eres el que estás equivocado, respondió no sin turbacion; mi propiedad se extiende mucho mas allá del viejo olmo, pues llego hasta los sauces...

—Te equivocas, repuso Manuel con dulzura; en vida de nuestro padre, ayudé al agente del catastro á levantar el plano de nuestras tierras; lo recuerdo bien, y estoy seguro de que no me engaño...

—No participo de tu opinion, y espero que pasado mañana serás de la mia.

—Querido Estéban, yo no puedo decir sino lo que sé que es verdad.

—Asegúrote que te engañas, dijo Estéban con voz débil y ahogada, y tengo mucho interés en que vuelvas á lo que es verdad, pues de ahí depende el éxito del pleito... Si lo gano, todo va bien... pero si lo pierdo, si he de pagar las costas, quedo arruinado.

Manuel estaba escuchando á su hermano con los ojos bajos y la vista fija en el suelo.

—¡No respondes! exclamó Estéban.

—Temo disgustarte...

—Me acuerdo bien, yo estoy íntimamente convencido de que lo que he dicho es la verdad, y no puedo, ni aun por hacerte un favor, no puedo...

Y aquí se detuvo; no se atrevía á acusar á su hermano; mas Estéban concluyó la frase diciendole con ira:

—No puedes mentir ¿verdad?

—Es verdad, y mentir á la justicia, que me preguntará la verdad en nombre de Dios. Acuérdate, Estéban, de que está escrito: *No jurarás en vano, ni levantarás falsos testimonios.*

—¡Cállate, hipócrita, exclamó Estéban. ¡Guarda tus lecciones para otros; mas valiera que en lugar de esos escrúpulos, prestases socorro y ayuda á tu hermano, que se halla en una situacion apurada.

—Querido hermano, si mis cortas economías pudiesen...

—No te pido dinero, sino una palabra en mi favor, en consideracion á mis intereses... ¿qué digo mis intereses? ¿acaso no son los tuyos tambien, los de tus hijos? ¿por ventura no han de ser ellos mis herederos? una sola palabra que venga á confirmar mis aserciones...

—¡Una sola palabra que sea la perdicion de mi alma! ¡esto es lo que me pides Estéban! Dios me es testigo de que te amo, de que diera con gozo para salvar tu buen nombre mi escasa fortuna, la salud y hasta la vida; pero mi conciencia, no, no puedo sacrificártela.

—¿Y quien va á saberlo?

—Dios y yo. Yo no dormiria tranquilo, sabiendo que he contribuido á una injusticia.

—¿Con que prefieres verme arruinado? porque, te lo digo para tu gobierno, el estado de mis negocios no es próspero, y si pierdo el pleito, me verá reducido á la última miseria..

Manuel no quiso preguntar á su hermano por qué motivo habia entablado una causa injusta

que debia conducirle irremisiblemente á la ruina; así, pues, guardó silencio.

—¿Tu última palabra? dijo Estéban.

—Ya lo sabes. Si soy nombrado árbitro, si he de comparecer ante el tribunal para deponer como testigo, me veré en la precision de decir lo que me consta ser verdad.

—Basta, respondió Estéban estrujando y haciendo dar vueltas á la gorra entre sus crispadas manos; me acordaré de ello. Adios.

Y salió precipitadamente, sin querer escuchar á Manuel que le instaba á renunciar la prosecucion de una causa cuyo fallo habia de serle funesto, y por largo rato se oyeron resonar sus pasos en el silencio de la noche. Manuel volvió á entrar con el corazon lleno de tristeza, y elevó al cielo una ardiente súplica por la conversion de su hermano.

De allí á algunos dias, habiendo sido nombrado para formar parte del Consejo de árbitros, se constituyó sobre el terreno, objeto del litigio, donde al llegar encontró ya á Estéban y á la parte contraria. Manuel no se mezcló en las discusiones y disputas que se entablaron; pero cuando, llegándole el turno fué interrogado por el juez de paz, se recogió un instante y dirigió una mirada á Estéban. Este estaba pálido y parecia aguardar con ansiedad su respuesta. Esta vista destrozó el corazon de Manuel, pero se mantuvo fiel á sus resoluciones inspiradas por un alto principio de fé, y, saltando por encima de las afecciones de la sangre, no atendiendo sino á la voz de la conciencia y de la Religion, á la pregunta del juez: «¿Podeis precisar los límites de este campo, que ocupó en otro tiempo vuestro padre, Juan Merry? contestó en voz baja, pero con firmeza:

—Sí, estos límites se extienden desde el olmo hasta el espinó albar. Mas allá de esta línea empieza el campo de Pedro Vidal.

(Continuará.)

M. MATILDE BOURDON.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Maria de Ossorio á su hermano Fabian.

Voy á aprovechar un instante de descanso para escribirte, mi amado Fabian, y para decirte mil cosas que ya no caben en mi corazon y que necesito depositar en el tuyo.

Empezaré pronunciando una palabra suprema, una palabra que quisiera repetir á todas horas para no juzgarla un sueño.

Horacio está curado!

Horacio ha recobrado la vista; está en el pleno goce de este don del cielo tan hermoso y tan necesario!

Oh! tu no sabes cuantas ardientes gracias he dado al cielo por este milagro obrado en su favor! tú no sabes que plegarias tan fervorosas se han escapado de mis labios durante estos dias de prueba, pero tampoco puedes comprender lo grande de mis luchas, lo doloroso de mis esfuerzos por ocultar mis sentimientos á su penetrante y clara mirada!

Yo dilaté mi venida todo cuanto pude y llegué á esta quinta el dia anterior á aquel en que debia efectuarse la cura.

Bajo pretexto de un cansancio extremado supliqué á Amelia que me permitiese retirarme al cuarto que me tenian destinado y no presentarme hasta el dia siguiente.

La Condesa que me recibió con una alegría extremada, accedió á mi deseo con mayor facilidad, cuanto que el doctor exigió que Horacio no supiese entonces la llegada de su hija temiendo que la mas leve alteracion comprometiese el éxito de la cura.

Elvira y yo ocupamos el mismo cuarto:

La niña quiso ver á su padre, y el anciano médico cedió á sus ruegos, exigiendo que guardase el mas profundo silencio para que el Conde no se apercibiera de su presencia.

Yo fuí con ella.

Las dos llegamos hasta el dintel de la puerta del salon en que se hallaba, y allí permanecimos inmóviles un momento.

Horacio estaba frente á nosotras.

Su actitud era triste, muy triste, y su semblante estaba más pálido que otras veces.

Elvira, por un impulso del corazon hubiera querido arrojarle en sus brazos; yo la contuve con una mano, mientras con la otra ocultaba las lágrimas que se agolpaban á mis ojos.

El doctor estaba inquieto.

Temia que cualquier imprudencia turbase la dolorosa tranquilidad del enfermo y del amigo.

No sé por que extraña casualidad él prestaba una gran atencion al mas ligero sonido, y parecia que la puerta en que nos hallábamnos le atraia, como si un poder sobrenatural ó una intuicion del alma le hubiera revelado nuestra presencia.

—Vamos, exclamó el doctor procurando llamar su atencion: Vamos ¿se siente V. con valor esta noche? se halla V. animado para el gran día de mañana?

—Ya sabe V., amigo mio, respondió él con voz dulce y reposada, que no es el valor, sino la esperanza lo que me falta.

—La esperanza! y por qué? no tiene confianza en la ciencia? interrogó el anciano médico, con acento de ligero reproche.

—Oh! sí, sí: yo espero mucho de ella: pero quien sabe! para alcanzar de la providencia un favor semejante se necesitan los ruegos de un ángel, y yo... tengo muy pocos que pidan por mí.

El doctor guardó silencio.

Amelia no estaba presente, y por consiguiente nadie pudo responder á aquellas dolorosas palabras.

Solo yo, desde el fondo de mi alma ofrecí velar orando por él.

—Dios dá á cada una de sus criaturas grandes momentos de amargura para aquilatar su fe, pero despues les concede tambien la recompensa si han sufrido resignadas y acatando su voluntad. En ese caso se encuentra V. amigo mio, y estoy seguro casi, de que el tiempo de prueba ha pasado, y que mañana empezarán á lucir días mejores y mas felices, añadió con solemne acento el sabio señor de San Roman. Ahora es preciso que hablemos de otra cosa, de algo que ocupe su imaginacion de V. no dando lugar á esa lucha de temores y esperanzas que le turban y agitan su sistema nervioso de un modo terrible. Ya sabe V. que yo le quiero enteramente tranquilo, enteramente sosegado.

El doctor nos hizo seña con la mano temiendo alguna imprudencia, y yo me alejé con la niña, presa de una ansiedad cruel.

Cuando nos hallamos solas en nuestra estancia,

—Elvira, dije á esta, póstrate conmigo de rodillas y pidamos á Dios por tu padre.

Ella obedeció y su inocente voz se unió á mi voz turbada para elevar al cielo nuestra súplica.

Se acostó despues y yó seguí rezando.

Me parecia que de aquel modo podia contribuir á la curacion de Horacio.

Además, estaba tan agitada que no hubiera podido dormir.

Á la media noche se despertó Elvira sin que yo lo notase, y medio desnuda y con sus rubios cabellos en desorden se deslizó en silencio de su lecho y vino á colocarse junto á mí.

Tan absorta estaba en mis plegarias que no advertí su presencia hasta que ella con su voz dulce y argentina me dijo casi al oido.

—Que buena eres y cuanto te amo, Maria,

Me estremecí y quise levantarme, pero ella cogió mi mano y la besó con ternura, añadiendo,

—Mi padre decia esta noche, que para que Dios le curase era necesario que un ángel pidiese por él! Oh! yo estoy segura que recobrará la vista porque tú se lo pides á Dios.

Le devolví sus caricias muy conmovida y ella continuó,

—Yo se lo contaré luego á papá, para que te quiera mucho; tanto por lo menos como yo.

Abrí los labios para rogarle que guardara siempre silencio, pero nada me atreví á decir! en que frases podia hacerlo? que motivo la iba á dar al hacerle aquella súplica?

—Vuélvete á tu lecho, hija mia, la dije abrigando su seno mal cubierto, vuélvete á tu lecho; yo voy á recogerme también. Si mamá supiera que te hayas levantada, nos reñiria á las dos.

Ambas nos acostamos y á los pocos minutos Elvira dormia profundamente.

Cuando nos levantamos era un poco tarde.

El doctor debia venir á las nueve, y Amelia vino á buscarme, rogándome que bajase al salon á inspeccionar si todo se hallaba bien dispuesto.

Me informé de las prescripciones del médico y ordené los últimos preparativos con todo el celo que me dictaba mi corazon.

Horacio permanecia en su cuarto todavia, solo y aguardando.

Oh! Dios solo sabe lo que sufriria su alma en aquellos momentos de espera.

Á las nueve el ruido del galope de un caballo se dejó oir por la avenida del bosque.

Amelia que habia bajado al salon se acercó á una de las ventanas, murmurando,

—Sera el doctor?

Pero al instante mismo la ví retirarse dos pasos hacia atras lanzando un pequeño grito.

—Es el señor de San Roman? la pregunté yo.

—No, no, respondió con rapidez, no es él: y al mismo tiempo cerraba la ventana impidiendo de este modo que pudiese ver al que pasaba.

Oh! hermano mio, te confieso que en aquel instante una duda y una sospecha cruzaron por

mi imaginacion y me hicieron fijar los ojos en el semblante de aquella mujer.

Pero no tuve tiempo de hacerlo, porque Pedro apareció en la puerta diciendo al levantar el portier.

—El señor Conde me ha llamado para que le conduzca al salon.

—Bien, vaya V., vaya V., respondió Amelia, aqui le espero, dígaselo V. así.

Y despues como hablando consigo misma añadió:

—Oh! si habra oído...? en qué momento!

San Roman que habia venido á pié, se presentó en aquel instante á nuestra vista, diciendo al dejarse ver.

—Las nueve acaban de dar, no dira V. que no soy exacto, Condesa.

—Oh! no! exclamó Amelia con una alegría que no intentó disimular, porque la venida del doctor podia explicar á Horacio el galope de aquel caballo, dado caso que él le hubiera oído. Oh! no, y ya vera V. que le esperabamos con afán, porque mi esposo viene hacia aquí.

Los ojos del doctor se fijaron en mí entonces, y yo tambien le miré con interés, ¡ay! de él dependia la curacion de Horacio, era mas que su médico su amigo, y le habia mirado con tal interés, que á mi pesar me sentí arrastrada hacia él con una tierna simpatía.

Es un noble anciano cuyos blancos cabellos son la corona de una frente en que se refleja el génio.

Tambien él pareció mirarme con insistencia.

Sin duda la noche anterior, envuelta en la sombra como me hallaba, no habia podido distinguir mis facciones.

—Es esta señorita la jóven que V. esperaba, y á quien juzga una excelente enfermera? preguntó.

—Es María de Ossorio, la señorita de compañía de mi madre, que ha venido para traer á mi hija, respondió Amelia, y la cual permanecerá aquí, pues me espantaban estos dias de soledad que debo pasar.

—Dios hará que nuestras esperanzas se realicen y que el señor Conde recobre la vista, esta idea debe prestarla á V. ánimo.

—Oh! sí, pero es tan triste y tan penoso velar á la cabecera de un enfermo!

El doctor la miró de un modo extraño, pero no tuvo tiempo de responder, pues la voz del Conde se dejó oír saludándole desde la entrada.

Yo me retiré á un extemo de la habitacion.

Mi posicion en esta casa me permite pasar de-

sapercibida hasta el momento en que se reclamen mis servicios.

Despues de algunas palabras cambiadas por una y otra parte,

—Ha llegado el momento, dijo el doctor; vamos.

Y cogiendo la mano de Horacio le condujo hasta un sillón colocado ante las ventanas.

Pedro y algunos otros criados se hallaban en la habitacion.

Todos guardábamos un silencio profundo.

Yo me comprimí el corazón porque le sentia latir con tal violencia que parecia iba á saltar de mi pecho.

La mano de aquel anciano tomó el instrumento operador y apoyándose en la frente de Horacio comenzó su arriesgada obra,

Instintivamente alzó los ojos y el pensamiento al cielo! Pedí á Dios que guiase aquella mano le pedí un claro rayo de su ardiente luz!

Y yo que he sido fuerte y animosa siempre, yo que he sabido luchar con el dolor, sin que el dolor me haya vencido, me sentí débil y cobarde entonces, y volví la vista por no ver lo que iba á pasar.

Así trascurrieron algunos instantes.

De pronto escuché un grito vibrante.

Luego la voz del doctor que imponia silencio... despues una ferviente accion de gracias... despues... despues no sé lo que pasó! caí al suelo sin sentido, y sin que nadie lo notara ni se acordase de mí, pues solo en aquel instante podian atender á la voz de Horacio que repetia sin cesar,

—Luz, luz, veo el cielo! veo la inmensidad!

Dejo aquí mi carta, hermano mio para continuarla mañana porque aun tengo mucho que decirte, y no me siento con fuerzas para ello.

A Dios pues, y Él te haga mas feliz que lo es tu pobre hermana,

MARÍA.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA FLOR DEL CIELO,

NOVELA ORIGINAL.

(CONTINUACION.)

Alberto se levantó de su asiento, dió algunos pasos por la habitacion, y sin darse cuenta de lo que hacia repasó de nuevo la carta con una atencion extraña.

—Que me querrá? murmuró con aire pensativo, que me querrá? Oh! esto á sido una sorpresa, una emboscada de que no he podido librarme: tan de repente, tan sin esperarlo...

Y sin poder reprimir su afan volvió de nuevo á sus paseos.

Presa de mil encontrados sentimientos extraños en él, pasó algun tiempo anhelando que Margarita se presentase, para poner término á aquella ansiedad, pues estaba resuelto á que su entrevista fuera corta.

Bernardo al fin apareció.

—Que hay? preguntó Alberto.

—Una señora cubierta con velo pide permiso para ver á V. E.

—Bien, hazla entrar.

—Yo creí que venia á buscar á la señorita Marina, y la dije...

—No, no: conducela aquí.

El criado no se hizo repetir la orden, y salió de la estancia con paso breve.

Alberto esperó.

Un momento despues, Bernardo apareció precediendo á una mujer sencillamente vestida de negro y cubierta con un espeso velo negro tambien.

El criado levantó el portier y desapareció, obediendo á una seña de su señor.

Cuando Margarita, pues era ella, se encontró en aquella estancia, en aquella estancia que debia ser la suya, una lágrima rodó por sus mejillas, pero el velo la ocultó á los ojos de Alberto que permaneció mudo é impassible.

Ella por su parte se sentia tan débil y tan abatida que se dejó caer con desaliento en el primer asiento que encontró al paso.

Su corazon latia con tanta violencia que hubieran podido oirse los precipitados golpes que daba en la frágil y estrecha carcel de su pecho.

Al fin consiguió serenarse y levantó su velo lentamente para respirar con mas libertad.

Alberto retrocedió un paso al clavar su mirada en aquel rostro.

Margarita habia sido muy bella, se parecia mucho á su hija, pero la palidez y la demacracion de su semblante la daban en aquel momen-

to una espresion tan doliente y triste, que la asemejaban no á una criatura humana sino á una de esas mártires cuya espresion sublime nos recuerdan los tormentos de la tierra y las esperanzas del cielo.

—Te asombras de verme? murmuró Margarita al notar el movimiento de Alberto: ¿te asombras al verme, no es verdad? ¡oh! ya sé que entre la Margarita de ayer y la Margarita de hoy: existe una inmensa diferencia: pero el dolor y la soledad son malos enemigos para la juventud y la hermosura, y yo ¡ay de mí! sola y llorando me he tornado anciana casi, y he dejado de ser bella.

—Muy cambiada estás! balbuceó Alberto, muy cambiada, en estos años que no te veo.

—Llevo mucho tiempo de estar enferma.

—Tú!

—Sí: no te lo dice mi aspecto?

—En efecto; pero... yo creí...

—Mi mal es grave; es un mal sin remedio, yo lo sé.

—Sin remedio! murmuró aquel hombre mirándola fijamente.

—Á no ser así, crees que hubiera venido á verte?

—Oh!

—No, no lo pienses; tu conducta para conmigo fué muy cruel.

—Margarita...

—No pienses que te reconvegno, no; solo quiero decirte que al comprender que me habia engañado al juzgarte, conocí tambien que nada podia existir de comun entre la pobre Margarita y un hombre sin corazon.

—Recuerda que yo...

—Basta! no hablemos del pasado! el pasado no existe; hablemos del porvenir.

—El porvenir?

—Te extraña esta palabra en mis labios? tienes razon! para mí no debia existir su significado! yo habia renunciado á todo en el mundo; ¡á todo por ella! pero ¡ay! de mí! es imposible que ahora me resigne á no verla!

—Como! ¿qué quieres decir?

—Que necesito contemplar á mi hija, tenerla á mi lado antes de morir!

—Oh!

—Puede una madre sacrificarse; mandar á su corazon que calle cuando su corazon habla mas alto, hacer que su labio enmudezca, cuando su labio grita con mas afan, *hija mia!* pero ¡ay! Alberto ¡ay! que si esa madre sabe que vá á morir no podrá resistir al deseo de que la hija de su alma venga á cerrar sus ojos y á recibir su suspiro postrero!

Alberto parecía luchar con los sentimientos distintos que hacían latir su corazón.

Por nada del mundo hubiera cedido á hacer público su casamiento con aquella pobre mujer: por nada del mundo hubiera consentido tampoco en separarse de Marina, ó hacerle conocer los lazos que los unían; y sin embargo la voz de Margarita, su doliente y justísima súplica hacían tal eco en su corazón, que no sabía el modo de resistir á ella.

—Vamos, cálmate: la dijo después de un momento de silencio, tu estado no es, no puede ser tan alarmante como dices, tu recobrarás la salud, eres joven aun...

Margarita sonrió de un modo amargo y doloroso.

Alberto fijó su mirada en el rostro de aquella mujer: en aquel rostros marchito pero hermoso aun, con esa hermosura que nada tiene de material, y tras la que se adivinan todas las bellezas de un espíritu puro y recto, todas las sublimes grandezas de un alma llena de abnegación, de resignación y de ternura.

Efectivamente en aquel semblante tan pálido y abatido habían marcado sus terribles huellas la enfermedad y la muerte.

Algo de doloroso y de triste pasó por el corazón de Alberto, que le puso en abierta lucha con todos los sentimientos que podían agitarle.

—Sí; tu vivirás, se apresuró á continuar Alberto, y en cuanto á Marina, ya sabes que su suerte depende de tu silencio.

—Y sin embargo me han dicho... me han dicho que intentabas unir tu suerte á la de la hija de un rico banquero! ¿qué será entonces de Marina? ¿que nombre podrá ostentar en la sociedad mañana? el de la hija de una mujer culpable, no es verdad? Oh! yo por mí á todo estoy dispuesta; ¡mi corazón esta muerto! mi pecho es una tumba donde reposan todas las esperanzas de la tierra. Pero que mi hija desprecie mañana la memoria de su madre, que pierda la fe en la virtud encontrando manchado y roto el modelo que Dios la manda imitar, esto es muy cruel, Alberto, y yo no puedo admitirlo.

—Entonces que desees? preguntó él con anhelo.

—Oh! Marina debe saberlo todo!

—Que dices!

—Ella callará, ella guardará el secreto que tú quieres ocultar; pero á sus ojos quiero ser buena, quiero ser pura, quiero ser honrada para que no apague el fervor de sus plegarias cuando reze sobre mi tumba, la idea de que su madre era indigna de su cariño.

—Pero no me juraste...?

—Cuando juré renunciar á mis derechos de madre creí que mi vida sería mas larga; hoy que sé que voy á morir vengo á pedirte que me dejes gozar un día de la ternura de mi hija! Oh! Alberto, Alberto ten piedad de mí! ya ves que muy pronto no te serviré de obstáculo en el mundo!

Hubo un instante de silencio.

Margarita enjugaba lentamente sus lágrimas, y su esposo la miraba indeciso y sombrío.

—Que me respondes? preguntó al fin ella con visible ansiedad.

—En este momento no sé... no puedo resolver, déjame pensarlo algunas horas.

—Algunas horas!

—Oh! sí: pues no se trata ya tan solo de mi orgullo, de mi padre, de la sociedad; se trata también del cariño de Marina; cariño que tampoco quiero perder, que anhelo también conservar! porque tú no sabes... tú no sabes, Margarita, que esa niña cándida ó ignorante ejerce en mí una influencia que yo no me sé explicar. Yo que he sido siempre indiferente á todo, libre para todo, para todo altivo é independiente, en presencia de Marina me vuelvo tímido, me vuelvo creyente... hasta, burlate de mí si así te place, pero quisiera á veces borrar el pasado por no aparecer nunca culpable á sus ojos!

—Dios! murmuró Margarita con fervoroso acento, Dios que empieza á mandar á tu alma un rayo de luz.

—De todos modos yo necesito meditar todo esto; espera, pues, espera, antes de adoptar resolución alguna. Ya sabes que nada puedes, que nada debes intentar, y que el porvenir de tu hija depende de tus palabras.

—He venido á pedir clemencia! la justicia solo puede hacérmela Dios!

—Pues bien, que el secreto del nacimiento de Marina quede aun guardado por algunos días. Yo iré á verte mañana y decidiremos entre los dos.

—He aquí las señas de la casa en que habito; hasta mañana pues, Alberto.

—Te acompañaré hasta la entrada.

—Como quieras.

—Vamos.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

Para colmo de mal, Isabel á quien su marido habia obligado un dia á permanecer en el campo para vigilar no sé que trabajos, se sintió á la noche gravemente indispuesta y tuvo que recurrir al médico que no tardó en declarar la enfermedad sin remedio.

Una fiebre maligna se habia apoderado de aquel cuerpo débil y combatido por los pesares y los trabajos, y era imposible toda esperanza de salvacion.

La infeliz sucumbió á los pocos dias llevando el corazon traspasado por el pensamiento de sus hijos.

Oh! la pobre madre sabia muy bien que en el alma del compañero de su vida, se habian secado las fuentes de la ternura, se habian roto los hilos del sentimiento.

Tomás sufrió aquella pérdida sin derramar una lágrima. ¡Su pecho estaba metalizado!

Solo su carácter se tornó desde aquel dia mas tirano y mas colérico, privado de la dulce influencia de aquella santa mujer á quien habia hecho tan desgraciada.

Entre tanto el tiempo habia pasado, y uno de los hijos de Miguel habia tenido la desgracia de sacar el número uno en el sorteo que se habia efectuado para las quintas anuales.

Su padre sintió aquel incidente, pero bendijo á Dios, pues le habia dado medios para evitar que el jóven se separase de su lado, y seguro de conseguirlo se dirigió á casa de Tomás, diciéndole sencillamente lo ocurrido, y creyendo que esto bastaba para que le devolviera sus ahorros.

Tomás vaciló un poco... balbuceó algunas frases que nada significaban y acabó por decir á Miguel, que él nada podia hacer entonces.

El asombro del honrado padre no tuvo límites, ni su dolor tampoco.

Oh! aquello era terrible! era espantoso! ¡haber trabajado tantos años en pró de aquel hijo querido y verse expuesto á perderle por aquel abuso de su buena fe!

Miguel recurrió á todos los medios, rogó, amenazó; todo fué inutil!

Tomás respondia siempre de un modo evasivo y vago, porque en medio de todo era cobarde é hipócrita al par, y no se atrevia á hacer el mal de frente y sin rodeos.

Miguel viendo que los dias pasaban, que los mozos debian entrar en Caja y que era imposible aguardar mas, adoptó un medio extremo, y recurrió á la justicia como á su única esperanza! pero ¡ay! que el infeliz en su buena fé no habia exigido ni tenia recibo de la cantidad prestada.

Sin embargo, la honradez de una vida entera hablaban en su favor y todos le creian y hubieran deseado favorecerle.

Apelaron al único medio que tenian, llamaron á Tomás y le preguntaron si reconocia la deuda.

Aquel hombre dió algunas excusas y casi negó el hecho.

Para obligarle mas, le presentaron el libro de los santos Evangelios diciéndole que prestara juramento de

no deber nada á Miguel. El infame se puso pálido; tembló quizá de cometer aquel perjurio... Despues pareció hallar el medio de transigir con su conciencia, pues se adelantó con paso mas seguro, y burlándose de la justicia de los hombres y queriendo escudarse para la de Dios con aquel villano subterfugio, murmuró con voz lenta y segura:

—Juro ante Dios que yo no he recibido dinero alguno de Miguel, y que jamás me ha entregado la cantidad que dice.

Ante aquella declaracion terminante ¿qué podian hacer ya?

Nada!

Quedar el amigo burlado, la lealtad estafada, el padre sin hijo, la madre sin esperanza, y una familia desesperada.

Y Tomás, señor Nicolás, no habia jurado en falso. habia dicho la verdad: él por sí no habia recibido aquel dinero, ¿pero dígame V. si el robo estaba hecho, si el delito cometido? Oh! dígame V., dígame V. si aquel hombre podia esperar el perdón de Dios, por mas que con aquel juego villano de palabras hubiera intentado ponerse á cubierto de su cólera, diciendo para sí, *Fo no he jurado en falso?*

Todos los circunstantes dieron muestras de pensar como la Marquesa de la Fé, que añadió con mayor energía.

—Sabe V. la diferencia que yo encuentro entre el que quebranta el segundo Mandamiento poniendo á Dios por testigo de una falsedad, y el que busca palabras de doble ó equívoco sentido para jurar en falso con apariencias de verdad? la misma que hallo entre el ladrón que roba en despoblado, arriesgando su vida al cometer la culpa, y el ladrón de frac y guante blanco que en medio de los paseos, de los salones, estafa á sus amigos, roba á sus conocidos, trafica con el sudor y la sangre de sus hermanos sin peligro alguno y escudándose bajo el amparo de la ley, pero siempre sembrando el luto y la destruccion y la ruina. Los dos son ladrones, los dos se apoderan de la fortuna ajena, el uno con la fuerza del leon; el otro con la ratera astucia de la zorra. Escoja V. pues entre ambos cual le parece nemos culpable.

—Pero abuelita, dijo contrariada la linda Julieta, tú por dirigirte al señor Nicolás y convencerle de que siempre debemos decir la verdad sin tratar de disfrazarla como si la vistiéramos de máscara, has olvidado decirnos lo que fué de la familia de Miguel.

—Tienes razon. hija mia, y has acertado en la comparacion: nada hay mas despreciable y mas ridiculo que esas verdades disfrazadas, en que el hombre intenta prostituir y desfigurar á la sencilla y noble verdad hija hermosa de Dios y su virtud mas favorita. En cuanto á Miguel y los suyos, lo que tengo que añadir es bien triste por cierto, el honrado y laborioso jóven que tanto contribuia al bienestar de su familia, tuvo que separarse de ella é ingresar en el ejército, con tal desgracia que murió en la primera accion en que se vió obligado á tomar parte:

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.

Ayuntamiento de Madrid